

con el mayor rigor el diezmo de las rentas eclesiásticas, concedido por el papa para fortificar á Belgrado y Temesvar; obligó á la Dieta á poner límites á la esclavitud de los villanos; permitió privadamente, pero no en público, el culto protestante, salvo en los lugares en que ya se hallaba establecido en 1681, en los cuales fijó el número de ministros que había de haber; y por último, mandó que el que se hiciera abogado prestase un juramento, en cuya fórmula se invocaba á la Virgen y á los Santos. José Ragotzki intentó una revolución en aquel reino á nombre de la libertad, es decir, á nombre de los privilegios de los nobles; y el gran señor, á quien llamó en su auxilio, le había prometido cederle todas las conquistas; pero murió de la peste.

1738.

Si al principio Carlos se había presentado con gloria, el fin de su reinado fué desgraciadísimo; descontento de los ministros, vendido por los empleados subalternos, humillado ante las potencias marítimas, vió arrebatada al imperio y á su propio yerno la Lorena; cedió parte del Milanesado y el resto de Italia; consumió el Erario y el ejército; ¿pero qué le importaba con tal que viese aceptada la *pragmática sanción*? Vino para colmo de desdichas su guerra con el Turco, que trajo consigo la paz de Belgrado, contra la cual en vano protestó, mandando prender á sus generales. Una indigestion le quitó la vida á los cincuenta y cinco años.

1740.  
20 de octubre.

CAPÍTULO IV

Prusia. — Guerra de Sucesion austriaca. — Paz de Aquisgran.

Sucesion austriaca. Carlos VI no dejó hijos varones, y en los veintinueve años de su reinado, la política de Austria no tuvo mas objeto que el de asegurar la sucesion en las posesiones austriacas á su hija María Teresa. El rey de España el primero, despues la Rusia, la Dinamarca, los electores de Baviera y de Colonia, la Gran Bretaña, los Estados Generales, el imperio, y por último hasta Luis XV se la garantizaron; pero cuando de esto se gloriaba, el príncipe Eugenio de Saboya le respondió: *Mas valdrian doscientas mil bayonetas*: respuesta de soldado, pero exacta (ya que con el voto de los pueblos no se contaba), pues que en realidad debería haber preparado para su hija un buen ejército y un tesoro bien provisto con que hacer valer sus razones, cualesquiera que fuesen. No habiéndolo hecho, apenas cerró los ojos, surgió una multitud de pretendientes á aquel patrimonio que con tan perseverantes artificios había acumulado el Austria.

María Teresa.

María Teresa había sido educada desde los nueve años con Francisco de Lorena, que despues fué gran duque de Toscana, y de este trato nació el amor que raras veces acompaña á los matrimonios de los príncipes. Muerto su padre, se proclamó soberana de los Estados hereditarios y coregente á su marido, al cual sin embargo

no dejó nunca la mas pequeña parte en el gobierno. Pero era preciso conquistar aquellos Estados y no tenia mas que 100,000 florines y treinta y seis mil soldados, ademas de las guarniciones de Italia y de los Países Bajos, mientras la capital sufría los horrores del hambre y se levantaban enemigos por todas partes.

El elector de Baviera, ademas de ser esposo de la hija segunda de José I, descendía de la archiduquesa Ana, hija de Fernando I, la cual había sido declarada heredera de la corona austriaca á falta de sucesores varones (1); agregándose á esto que habiendo sido el archiducado de Austria desmembrado de la Baviera en 944, esta se conceptuaba con derecho á reclamarlo al terminar la dinastía.

La primogénita de José I había llevado con su mano sus derechos al elector de Sajonia y rey de Polonia, el cual ademas, como descendiente de Alberto el Degenerado, landgrave de Turingia, pretendía el Austria y la Estíria, que decia usurpadas á sus abuelos por Otocaro y despues por Rodulfo de Habsburgo.

El rey de España reclamaba la Hungría y la Bohemia en virtud de un convenio entre Felipe II y Fernando de Gratz, pero su verdadero objeto era obtener algun principado de Italia para el infante Don Felipe.

El rey de Cerdeña se apoyaba en un estatuto de Carlos V del año 1549 para pretender el Milanesado. Pero el mas fuerte y mas resuelto de todos los pretendientes era Federico II.

El incremento del reino de Prusia es una maravilla del poder del hombre; reino sin fronteras naturales, sin lazos de idiomas ni de raza, fué constituido únicamente por la guerra y por la política. Con la paz de Thorn (1466) la Prusia había cesado de ser independiente, pues que una gran parte de ella quedó unida á la Polonia por espacio de tres siglos, mientras que la Oriental continuaba bajo el dominio de la orden Teutónica, que reconocía la soberanía de Polonia (2). Desagradaban á los Polacos estos vecinos amenazadores y á los Teutónicos la dependencia, por lo cual obtuvieron del imperio que se anulase el tratado de Thorn y negaron el tributo. De aquí la guerra que siguió, y despues en la paz de Cracovia, Segismundo I, rey de Polonia, concedió aquel país á Alberto de Brandeburgo como ducado secular y feudo hereditario polaco. Este jefe de la orden Teutónica se secularizó en tiempo de la Reforma; introdujo la confesion de Augsburgo, bajo pena de excomunion á los predicadores que de ella se separasen, y habiendo suscitado Osiander tumultos con dogmas divergentes acerca de la justificacion, Funk, su yerno, fué encausado y en su sangre se abogó la herejía. Alberto, hombre débil, acosado continuamente de los remordimientos que le causaba la mudanza de religion, juguete

(1) Así decia la copia hávra del contrato; pero los Austriacos presentaron otra en la que se leía: *Hereditas legitimos*.

(2) *MANNO. Gesch. des preussischen Staates.*

de los hombres astutos que le rodeaban, no es memorable sino por haber fundado la universidad de Königsberg (1544). Su hijo Alberto Federico, que le sucedió á los quince años de edad, á los diez y ocho perdió el juicio y entónces se multiplicaron las intrigas para obtener la regencia, y se agitaron cada vez mas los luteranos, que al fin excluyeron del todo á los calvinistas.

1568.

1618.

Sucedióle Juan Segismundo, su cuñado, de la casa de Brandeburgo, el cual, ademas de ser elector del imperio, dominaba el ducado de Prusia, esto es, la parte oriental, reconociéndose por esta dependiente de la Polonia, como lo era del imperio por la Marca de Brandeburgo y el ducado de Cléveris. De este modo sus dominios se extendían por una superficie de mil cuatrocientas cuarenta y ocho millas cuadradas, habitadas por un millon y cien mil almas. Este príncipe formó un código fundado en el derecho romano, es decir, favorable á los derechos ducales.

Federico Guillermo. 1640.

Despues de su brevísimo reinado y del agitado de su hijo Jorge Guillermo, vino el de Federico Guillermo, llamado el grande elector, verdadero fundador de la monarquía prusiana. El tratado de Westfalia había agregado seiscientas millas cuadradas á sus dominios, los cuales sin embargo estaban desparramados desde el Vístula hasta el Rhin; tenían escasísimas comunicaciones, y en la guerra de Treinta Años habían sido recorridos á porfía por los Suecos, Holandeses y Polacos. Le importaba, pues, mas que á nadie la paz, y á ella sacrificó sus pasiones é intereses. Educado por la desgracia, supo aprovechar las ocasiones; recobró á Spandau y Kustrin; á fuerza de dinero, hizo que los Suecos evacuasen la Marca, y ea Westfalia sostuvo á los calvinistas hasta el punto de hacerse considerar como jefe de aquel partido. Su objeto era emanciparse del yugo de los Polacos, que se mezclaban siempre en las cuestiones de sucesion y en los asuntos interiores del país. Situado entre estos y los Suecos, enemigos capitales, trató de hacerse necesario á unos y á otros, y tomó á su cargo contra la Suecia la defensa de la Prusia propiamente dicha. En recompensa, Casimiro le prometió eximirlo del vínculo feudal; pero Carlos X acudió en seguida y lo atrajo á su partido, ofreciéndole parte de la Polonia. De este modo favoreciendo ya á unos, ya á otros, logró que en el tratado de Welan se reconociese su independencia, y desde entónces su país se presentó como Estado soberano.

1637.  
19 de setiembre.

En virtud de esta calidad pretendió Federico que le correspondía el dominio despótico en su reino (1), al paso que la Dieta creía que la Polonia no había podido transferirle sino los de-

(1) La misma extraña pretension han tenido en nuestros días los príncipes de Alemania que habiendo sido reconocidos como independientes en el tratado de Presburgo, se consideraron por este hecho exentos de cumplir las leyes fundamentales de sus respectivos países.

rechos que ella misma ejercía, y que por tanto el país conservaba sus privilegios y el príncipe no podía hacer la guerra ó la paz, contraer alianzas, introducir tropas extranjeras, ó imponer nuevas contribuciones y gabelas sin el consentimiento de los Estados Generales. El elector se obstinó, sin embargo, en su propósito; y unas veces eludiendo la ley y otras aprisionando á los jefes de la oposición, estableció el régimen que quiso, sin permitir que se reuniera la Dieta, sino de seis en seis años, tolerando el predominio de los luteranos, pero no consintiendo mas que cuatro iglesias á los reformados. Inducido á aceptar lo que puede considerarse como el pacto constitucional de Prusia, esto es, á prometer que no haría la guerra ni establecería impuestos sino con permiso de los Estados, trató incesantemente de anularlo, con lo cual disgustó á los Prusianos, que comprendieron la inutilidad de una constitucion no garantida. Muchos jefes de la oposición fueron condenados á diversas penas, y Kalkenstein, preso en el territorio polaco, perdió la vida en el patíbulo. La Europa se mostró indignada ante esta violacion del derecho de gentes; Federico Guillermo destituyó á los empleados que habían tenido parte en ella, pero no tardó en devolverles sus destinos.

1663.

Para defender la soberanía que había adquirido, formó un buen ejército de soldados escogidos, entre los que habían quedado sin paga á consecuencia de la paz de Westfalia, y lo adiestró en las guerras de Francia, su aliada contra Suecia. Por tanto los Suecos invadieron el Brandeburgo cometiendo en él horrores apenas creíbles. El grande elector se retiró á Franconia para rehacerse y esperar los socorros que el imperio le había prometido; pero viéndose burlado en su esperanza, determinó salvar por sí solo al país, marchó con gran secreto contra los enemigos, tomó algunas fortalezas, y despues en Fehrbelling derrotó completamente á los Suecos, á quienes las guerras pasadas habían dado fama de invencibles. Entónces se puso en las nubes el nombre de Federico Guillermo, que, solo y en un país arruinado, había vencido á los que eran el terror de la Alemania. Todos querían á porfía tenerle por amigo; pero cuando Suecia y Francia se unieron contra él, tuvo que aceptar la paz de San German en Laya, restituyendo cuanto había tomado de la Pomerania Sueca.

1673.

Batalla de Fehrbelling. 23 de junio.

1679.  
29 de junio.

Desde entónces en el reposo se ocupó en los negocios de la política exterior é interior; para restaurar la hacienda, se puso de parte de Francia que entónces pagaba á los aliados; procuró impedir la guerra de Luis XIV por las reuniones, y cuando se revocó el edicto de Nantes, tuvo la prudencia y la prevision de acoger en su reino á veinte mil refugiados que llevaron al país la civilizacion y las artes. Tambien dió asilo á los Judíos, expulsados de Austria; estableció correos, favoreció la agricultura, abrió el canal de Mühlroser entre el Spree y el Oder,

arrendó los bienes del Estado, creó una marina, fomentó el comercio de África, llamó á su corte á los extranjeros que se habian distinguido en todos los ramos del saber, como De Rocéles y Gregoro Leti; dió medios á Puffendorf para continuar su obra; estableció en Berlin una Biblioteca y museos de cuadros, monedas y obras plásticas; cultivó la música y mejoró su ciudad, donde parecieron una maravilla los jardines y las alamedas. Obligado á contemporizar con todos, no pudo tener la firmeza de una política propia; pero tuvo grande influjo en todos los tratados de aquel tiempo, y se aprovechó de él, de modo que al morir dejó á Federico III dos mil cuarenta y dos millas cuadradas de país y millon y medio de súbditos.

1688.  
29 de  
abril.

Federico  
III.

Federico III, docto en lenguas y en historia, pero pobre de cuerpo, colérico, inconstante, receloso, pródigo, era entusiasta conservador del protestantismo y se anticipó al pensamiento de uno de sus sucesores de fundir en una Iglesia común á los luteranos y á los calvinistas. Favoreció á los emigrados de Francia hasta fundar para ellos un colegio y un tribunal superior: hermosteó á Berlin siguiendo el plan del arquitecto Nehring, y á todo el que queria fabricar le suministraba cal, ladrillo, tejas, madera y el quince por ciento de los demas gastos. Comenzó el magnifico parque bajo la direccion del insigne Andres Schluter, el cual hizo tambien la estatua ecuestre del grande elector, y sugirió á Federico la idea de fundar una Academia de bellas artes (1696), como ya habia fundado la universidad de Halle (1694), ilustrada por el famoso Tomas de Leipzig. Creó la Sociedad Real de Berlin (1707), siguiendo el plan de Leibnitz y dándole el privilegio que ha conservado siempre de vender los almanaques. Esta sociedad tuvo el mérito de introducir en la Marca las moreras y los gusanos de seda.

Sofia  
Carlota.

Sofia Carlota, su segunda mujer, llevó á Prusia el refinamiento de la sociedad elegante, la afición al saber y á las artes. La comedia, la ópera italiana, los bailes, los paseos, la conversacion de hombres instruidos y de extranjeros hermosteaban la corte, donde la reina sabia conservar la armonía sin ser intrigante. Siendo bella, gustaba de rodearse de hermosas, y como mujer de talento queria la compañía de las mujeres instruidas. Mantuvo con Leibnitz una asidua correspondencia, cuyo fruto fué la *Teodicea*: favoreció á los primeros poetas alemanes, y si hemos de creer á Federico II, en el lecho de muerte se negó á oír al sacerdote, diciendo: *Dejadme morir sin disputar*; y á una dama á quien queria mucho y que estaba llerando, la dijo: « No me lleréis, porque voy á » satisfacer mi curiosidad sobre cuestiones que » Leibnitz no me ha sabido resolver plenamente, » el espacio, el infinito, el ser, la nada; y doy » ocasion á mi esposo para una pompa fúnebre » en que desplegar toda su magnificencia. »

Con estas palabras censuraba el poco amor de su marido, y la vanidad de este que le arras-

traba á prodigalidades tan locas como la de dar á un cazador un feudo de 40,000 escudos. Con este carácter, fácil es imaginar cuán grande sería su deseo de llevar corona, especialmente desde que vió al duque de Brunswick-Lunenburg ascendido á elector, al príncipe de Orange convertido en rey de Inglaterra y al elector sajón nombrado rey de Polonia. Como los nombres á veces traen en pos de sí las cosas, parecia que con esto sacudiría « aquel yugo de servidumbre en que la casa de Austria tenia á todos los príncipes de Alemania (1); » por lo cual solicitó el consentimiento de las potencias europeas, y al fin el mas difícil y necesario del emperador Leopoldo, á quien prometió que daría siempre su voto para el imperio al archiduque primogénito. Con esta promesa logró lo que deseaba, pero el príncipe Eugenio exclamó: « Leopoldo habria debido ahorcar á » los ministros que le dieron tan mal consejo. » Así, pues, Federico se tituló, no rey de los Vándalos, por no ofender á la Suecia, tampoco rey de Prusia, por respeto á la Polonia, sino rey en Prusia; se coronó por su propia mano con pompa nunca vista, y puso todo su empeño en hacerse reconocer por Europa. Sin embargo, ni el papa ni el gran maestre de los Teutónicos, que habia trasladado su residencia á Mergentheim, quisieron jamas reconocerlo, como hereje y usurpador de los bienes eclesiásticos, ni tampoco Francia y España, como enemigo que era, mientras los demas le aceptaron para que en su servicio emplease el oro y los ejércitos prusianos en guerras en que no tenía interés. « Aquel fué un verdadero cebo que Federico arrojó á sus sucesores, como diciéndoles: « Yo os he adquirido este título, á vos » otros toca hacerlos dignos de él; yo he sentido los cimientos de vuestra grandeza, á » vosotros toca terminar la obra. » Así se explica aquel de sus sucesores para quien este objeto fué una vivísima pasión.

Federico, que entonces se tituló *primero*, conocia la política europea, como lo mostró evitando siempre la guerra en tiempos tan difíciles. Finalmente, en la paz de Utrecht, firmada cincuenta años despues de su muerte, se reconoció el título de reino á la Prusia, con la plena soberanía de Güeldres, del país de Kessel y del bailiato de Kriechenberg, y se le confirmaron los principados de Neufchatel y Valengia, cediendo sin embargo á la Francia el de Orange.

Sucedíole Federico Guillermo I, jóven de veinticinco años, circunspecto y activo, que se dedicó á regularizar el gobierno, la descompuerta hacienda y la justicia, introduciendo economías y fijando la atención aun en las cosas mas pequeñas. De cien mayordomos que tenia su vanidoso padre, no conservó mas que doce; vendió su riquísima caballeriza y se desprendió de otras costosas magnificencias.

(1) Federico II.

Federico  
I.  
1701.

Su ma-  
nia  
solda-  
desca.

Federico  
Guil-  
lermo I.  
1713.  
25 de  
febrero.

Solo en una cosa fué pródigo, á saber, en el ejército, organizado por el príncipe Leopoldo de Hanalt, uno de los mejores discípulos de Eugenio de Saboya, y reclutado por medios inmorales. Á cada capitán asignó un distrito donde pudiera de grado ó por fuerza reclutar soldados, con tal que no tuviesen mujer; y para que esta medida no produjese matrimonios precoces ó inconvenientes, se prohibió á los habitantes casarse sin licencia del capitán; de donde se originaron abusos y vejaciones sin cuento. Este sistema no pudo continuar mucho tiempo, ni tampoco fué posible, despues que se determinó la talla del soldado en cada fila (1), conservar el método de cantones, cada uno de los cuales debia dar á ciertos regimientos treinta hombres en tiempo de paz y ciento en tiempo de guerra. Fué, pues, menester reclutar los soldados en el imperio; los oficiales de Federico, obligados cada uno á llevarle un número determinado, los buscaban por todas partes, perturbando ciudades y regimientos con tal insistencia que hubo príncipe que les hizo prender y ahorcar.

Á un país sin fronteras y rodeado de grandes potencias le era indispensable un ejército para evitar las humillaciones en un tiempo en que todo el derecho consistia en la fuerza; pero Federico Guillermo miraba el suyo como un objeto de lujo, propio para una parada; acicalábanse continuamente el soldado, los fusiles, las fornituras, las bridas, la silla, los estribos; se trenzaba con cintas la erin de los caballos; « y por poco que se hubiese continuado (dice Federico II), habríamos llegado á los lunares y al colorete. » Sobre todo, se complacia en ver hombres muy altos, de los cuales formó el regimiento de los *grandes granaderos*, y para obtenerlos, no perdonaba gastos ni incomodidades. Mientras los príncipes de su familia se levantaban de su mesa no siempre satisfechos, él pagaba 1,000 florines por cada uno de los cuarenta y tres granaderos de la parada de Potsdam, 5,000 florines por un gigante, 32,500 fr. por un Irlandés de siete piés de estatura; el que queria tenerle propicio lo conseguia solo con buscarle alguno de estos hombres; y de tales artes se valió el ministro imperial Sechen-dorf para atraerlo á sus designios.

De esta suerte Berlin, Atenas del Norte en tiempo de su predecesor, se convirtió en Esparta; y aquella manía soldadesca influyó en las costumbres, complaciéndose todos en llevar el traje ceñido, en usar espadas y pipa. Lo extraño es que las inclinaciones militares hacian pacífico á Federico Guillermo, por temor de no echar á perder tan bellas tropas; tanto que sufrió hasta injurias y obtuvo escasa con-

(1) Los de la primera fila debian tener mas de seis piés; en muchos regimientos no se recibia sino á los que pasaban de cinco piés y ocho pulgadas. Se calculó que un hombre de cinco piés y diez pulgadas costaba 700 escudos, uno de seis piés 1,000 y así en proporción. Mas de 12,000,000 de francos salieron del país durante su reinado para estos reclutamientos.

sideracion en Europa. Por lo demas, nada tenia de fastuoso; descuidaba hasta las gracias de su gallarda persona; tenia rasgos vulgares; fumaba y bebia en los sitios públicos con los oficiales y jugaba al chaquete á sueldo la partida. Daba de palos y reprendia agriamente, cualquiera que fuese la persona ú objeto de su enojo; si encontraba en la calle á una mujer, la decia que fuese á cuidar de sus hijos: si á un clérigo, le reprendía por haber abandonado la Biblia, y á veces acompañaba la reprension con el palo. Siendo tan versátil de genio como en política y religion, no creyendo que hubiese mas razon que la voluntad real, ni mas ocupaciones que las militares, nada comprendia de las cuestiones religiosas ó filosóficas; juzgaba absurdo el profesar diferentes creencias ó el ocuparse en cosas literarias; aborrecia el Antiguo Testamento y prohibió á su capellan el citar lo, al mismo tiempo que se mostraba apasionado del Nuevo, y para suceder á Leibnitz como presidente de la Academia, nombró á un tal Gundling, intrépido bebedor, que cuando murió fué sepultado en una cuba. Creía que debia gobernarse al reino como se gobierna á una familia, esto es, con dulzura ó con rigor, segun las circunstancias, pero siempre arbitrariamente y sin consultarlo. Prohibió los procesos por causas de hechicería; cambió la naturaleza de la propiedad autorizando á los nobles para convertir los bienes feudales en alodiales trasmisibles tambien á las mujeres, y para redimirse de la obligacion de dar un hombre montado, pagando 40 rixdalers al año. Engañado por el alquimista Cayetano, le mandó ahorcar vestido de papel de oro en una horca dorada. En su capital los arquitectos señalaban el sitio y el modo con arreglo al cual los particulares debian edificar, sin compensacion de ninguna especie.

Habiendo concedido sus antecesores á censo enfiteutico muchos terrenos que al principio redituaban poco y que á la sazón daban gran producto á los enfiteutas, anuló arbitrariamente los contratos para arrendarlos al mejor postor. Fomentó sin embargo la prosperidad agrícola del país; con rentas alodiales del patrimonio real, no solo satisfizo las necesidades de su corte sin lista civil, sino que dió auxilios al erario del Estado; mandó formar la estadística de los bienes territoriales para distribuir el impuesto con arreglo al nuevo estado de la riqueza, y así pudo poner sobre las armas hasta sesenta mil hombres, que distribuidos por las ciudades y las provincias, consumian los géneros y los paños nacionales. Quiso tambien poblar los terrenos deshabitados con colonias, en las cuales en diez años (1721-31) gastó 5,000,000 de escudos. Veinte mil familias se establecieron en Prusia, ademas de otras 18,000 procedentes de Salzburgo, que se refugiaron en sus Estados huyendo de las persecuciones religiosas de Austria.

Esta creciente prosperidad debia turbar el sueño al gobierno austriaco, el cual suscitó